Domingo XXVII-Ordinario-C
Padre Pedrojosé Ynaraja Díaz

TEXTOS

Habacuc 1, 2-3; 2, 2-4

¿Hasta cuándo clamaré, Señor,
sin que me escuches?
¿Te gritaré: «Violencia»,
sin que me salves?
¿Por qué me haces ver desgracias,
me muestras trabajos, violencias y catástrofes,
surgen luchas, se alzan contiendas?
El Señor me respondió así:
«Escribe la visión, grábala en tablillas,
de modo que se lea de corrido.
La visión espera su momento,
se acerca su término y no fallará;
si tarda, espera,
porque ha de llegar sin retrasarse.
El injusto tiene el alma hinchada,
pero el justo vivirá por su fe».

II de san Pablo a Timoteo 1, 6-8. 13-14

Querido hermano:
Reaviva el don de Dios, que recibiste cuando te impuse las manos; porque Dios no nos ha dado un espíritu cobarde, sino un espíritu de energía, amor y buen juicio.
No te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor y de mí, su prisionero.
Toma parte en los duros trabajos del Evangelio, según la fuerza de Dios.
Ten delante la visión que yo te di con mis palabras sensatas y vive con fe y amor en Cristo Jesús.
Guarda este precioso depósito con la ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros.
Según san Lucas 17, 5-10
En aquel tiempo, los apóstoles le pidieron al Señor:
—«Auméntanos la fe».
El Señor contestó:
—«Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera:
«Arráncate de raíz y plántate en el mar».
Y os obedecería.
Suponed que un criado vuestro trabaja como labrador o como pastor; cuando vuelve del campo, ¿quién de vosotros le dice:
«En seguida, ven y ponte a la mesa»?
¿No le diréis:
«Prepárame de cenar, cíñete y sírveme mientras como y bebo, y después comerás y beberás tú»?

¿Tenéis que estar agradecidos al criado porque ha hecho lo mandado? Lo mismo vosotros: cuando hayáis hecho todo lo mandado, decid:
«Somos unos pobres siervos, hemos hecho lo que teníamos que hacer»».

COMENTARIO

Sin que suponga materia importante, más bien como simple anécdota, quiero compartir con vosotros, queridos lectores, serias investigaciones sobre una nimiedad. El Señor habla de la semilla de mostaza y dice que es la simiente más pequeña. Evidentemente, su lenguaje pedagógico, no el de un botánico. A un fiel cristiano no le interesa saber exactamente de qué vegetal se trata, ahora bien, a quien se mueve por tierras bíblicas, le gusta referir lo que está viendo al texto bíblico, si le es posible y yo soy uno de estos, sí que le importa.
Mi primer viaje, mitad peregrinación, mitad viaje de estudio, vi y me dijeron que un arbusto que en diversos lugares contemplaba, era el de la mostaza evangélica. Por supuesto que saqué fotografías y que ingenuamente publiqué con los consiguientes comentarios.
Llegado a casa enterré semillas y nacieron plantas. Me intrigaba el arbusto y traté de buscar una referencia científica y de relacionar lo aprendido con la parábola que, dicho sea de paso aparece en los tres sinópticos y no en San Juan, ni el mismo Talmud tampoco sale. Más aun, la planta es una solanácea, del mismo género que el tabaco, que recibe el nombre científico de *Nicotiana glauca*.
No finalizaron aquí las pesquisas. Consecuencia de ello es que distinguidos exegetas, uno de ellos traductor de la primera edición de la Biblia de Jerusalén, me dijo que se trataba de la sinapis, alba o nigra, la de la salsa tan propia de Dijon, que no puede corresponder de ninguna manera (no por este error disminuyó la categoría del exégeta que me trataba siempre con inmensa amabilidad, evidentemente. En algún buen diccionario actual, dice también que se trata del arbusto mencionado anteriormente.
Finalmente lo consulte con los científicos de la reserva bíblica de ***Neot Kedumim*** que muy amablemente me informaron que, puesto que ni en el Talmud, ni en ningún otro documento aparecía, la palabra mostaza del evangelio, se referiría a un hierbajo cualquiera. Para más inri, comentado con mi amigo el científico Dr. Ramón Margalef, me decía que seguramente la semilla más pequeña que existía era la de las orquídea, una de ellas lleva su "apellido". Por supuesto que ni él ni yo acudiremos al Maestro, Dios nos libre.
Añado también a modo de ejemplo, que el árbol al que se refiere el Señor en el mismo fragmento de la misa de hoy, no es una morera, se trata del sicomoro, abundante, por lo que he comprobado, por tierras cercanas al Jordán. Es de hojas semejantes a las de la morera y frutos cual higos pero de inferior categoría, son aquellos que recogía y secaba el profeta Amos.
Dejo finalmente el terreno anecdótico y perdóneseme tal entretenimiento.
Únicamente señalaré dos cosas respecto al contenido de las lecturas de la misa del presente domingo.
En primer lugar supone el ejercicio de la fuerza de voluntad. El criado debe ser trabajador cuando le observan y cuando nadie le ve y esto cuesta. La pereza y el egoísmo están en la raíz del proceder humano, son de los llamados pecados capitales. Debemos, pues, reconocerlo y esforzarnos en vencerlos.

Los que somos viejos, nos acordamos de que en nuestra juventud se nos apremiaba a tener fuerza de voluntad. Era indispensable para tener salud espiritual y capacidad para recibir y ser leales a la Gracia santificante con la que Dios quería enriquecernos. Ordenado sacerdote, comprobé con frecuencia en el confesonario, que antes de referirse a cualquier pecado, se sinceraba el joven, él o ella, diciendo que no tenía fuerza de voluntad, pues bien, hace tiempo que no escucho tal sincera reflexión, ni con motivo del sacramento, ni en ningún otro instante. Fuerza de voluntad y la constancia que debe acompañarle y que requieren valeroso esfuerzo. Parece que el cristianismo es cuestión cerebral, entendimiento de verdades, aceptación de dogmas. Pablo le dice a Timoteo "Toma parte en los duros trabajos del Evangelio" . Desde esta práctica, edificada la Gracia recibida por la imposición ritual de las manos, en la Confirmación o, en mi caso, en la ordenación diaconal y presbiteral, se conseguirá el espíritu de energía, amor y buen juicio. Dios no nos ha dado un espíritu cobarde, por tanto no nos avergonzaremos de dar testimonio de nuestro Señor.

El segundo contenido de las lecturas, deseo debáis y deba yo, tener presente, es que si se nos ha invitado e incorporado a colaborar con Jesucristo, nuestro actuar debe ser totalmente objeto de la fidelidad a sus designios. Ni debemos improvisar, ni obrar caprichosamente. Cada uno, joven o viejo, debe ser fiel a la vocación, a la llamada individual que cada uno recibe.